

Duraba la importuna resistencia  
Al mismo paso que el furor crecía,  
Sin verse conocida diferencia,  
Menguando la reciproca porfia.  
Corrido de su afrenta y negligencia  
Ansberto la batalla discurria,  
Matando á tantos, que impidió su paso  
Con muertos cuerpos el mortal fracaso.

Salió de entre ellos, y en distante plaza  
Topó á Lisardo, y en furor deshechos  
Los dientes, por el yelmo y la coraza  
Le parte la cabeza hasta los pechos;  
Y luego á Florabel, que le embaraza,  
Volvió los filos, y al romper derechos  
La malla penetraron, y el difunto  
Cuerpo destronan sin la vida al punto.

El noble Florishel de Rosimundo  
Sintió la espada por el lado diestro,  
Y vuelto con destreza, en el segundo  
Paso trocado le rompió el siniestro.  
Quedó cubierto al golpe furibundo  
Del fiero brazo, que, al bajar indiestro,  
De solo el pomo ejecutó la furia,  
Burlando al aire su insolente injuria.

Sacó los piés, y acometió de presto  
Al noble rostro la enemiga punta,  
Hallando el golpe al contendor dispuesto  
Que el filo bate, y al contrario apunta.  
Quedó en figura el brazo contrapuesto,  
Que el hierro sin efecto se despunta  
En la rebelde pasta del escudo,  
Que fué lo mas que su violencia pudo.

Volvió á cerrar el Español gallardo  
Con priesa tanta, que turbado y ciego,  
No dió á su vida el alemán resguardo,  
Y el uso pierde de las armas luego.  
El paso mueve perezoso y tardo,  
La furia exhala por los ojos fuego,  
Envuelto con la sangre que derrama,  
Remedio breve de aplacar su llama.

Volviendo Ansberto á la siniestra parte,  
Al misero Lisauro que se opuso  
La gola rompe, y por el hombro parte  
El cuerpo, que en pedazos descompuso.  
A Bruno luego y á Escipion desparte,  
Y en tal aprieto al combatiente puso,  
Que dió su vida al capitán romano  
Al repetido golpe de la mano.

Ya sin prisiones Garceran robusto,  
Venganza vió del nieto de Conrado,  
Pagando en sangre el parecer injusto,  
A manos de su furia castigado;  
Sintió de verle tan mortal disgusto,  
Que el fuerte brazo de su enojo armado,  
Rompiendo por las armas y el consejo,  
Difunto deja el venerable viejo.

Ardiendo en vivo fuego la contienda,  
Creciendo con los golpes la pujanza,  
Dió á su caballo Alfonso aliento y rienda,  
Y al duro ristre la robusta lanza;

FIN DE NÁPOLES RECUPERADA.

No hay brazo que del suyo se defienda  
Ni tenga en los aceros confianza:  
Siempre consiguen, ó matar ó herirle,  
Al que soberbio emprende resistirle.

Creció en su gente el ánimo de suerte,  
Con la forzosa envidia de su gloria,  
Que en breve espacio generosa y fuerte  
Por suya tuvo la neutral vitoria.  
Turbados despreciaban en la muerte  
La fuga vil, y su afrentosa historia  
Los miseros contrarios, satisfechos  
De que otros logren sus piadosos techos.

Mirando sus guerreros destrozados,  
Y á número tan breve reducidos  
Los fuertes capitanes y soldados,  
De tantos poderosos conducidos;  
Con tristes gritos, del dolor formados,  
Y apenas de los suyos advertidos,  
Reimer les dice con turbado aliento,  
Limpiando el rostro pálido y sangriento:

«¿De quién huis, famosos capitanes,  
Honor de tantos reinos y naciones,  
Dejando malogrados los afanes  
De mis honradas y altas pretensiones?  
Esgnizaros, suevos y alemanes,  
Que en firmes y constantes escuadrones,  
Por miedo ó por desgracia, vez ninguna  
Os vió por las espaldas la fortuna:

»Lombardos, que emuláis los Alpes canos,  
Venciendo de sus penas la constancia,  
De Nápoles gloriosa ciudadanos,  
Sagrado asilo del honor de Francia:  
¡Oh siempre invictos Césares romanos!  
Que de naciones tantas la arrogancia  
Domastes, sujetando á vuestras leyes,  
Con justo imperio tributarios reyes:

»Franceses generosos, que fijastes  
De Dan á Bersabé las lises de oro,  
Y del Jordan las aguas libertastes  
Del fiero escita, del inculdo moro;  
Volved á las murallas que dejastes:  
Así restituido el gran tesoro,  
Nacion famosa, á tu grandeza veas  
Y el fruto de las palmas idumeas.

»Mirad que son tan pocos los autores  
De empresas tantas y atrevidas guerras,  
Que asombran de Moncayo sus cultores,  
En breves campos las heladas sierras;  
Volved por el honor de los mayores,  
Sin dar cobardes las amigas tierras  
A dueños forasteros y tiranos,  
Que en sangre bañan las soberbias manos.»

Así acabó tan afrentado y solo,  
Que apenas tuvo quien seguirle pueda,  
Y antes que al mar descienda el rojo Apolo,  
Siguió de unos casales la vereda.  
Aun no queria, obscureciendo el polo,  
Pedir la noche al monte que conceda  
Paso á las sombras y al silencio, cuando  
Triunfó gallardo el hijo de Fernando.

## PRIMERA PARTE

DE

## ARAUCO DOMADO,

COMPUESTO

POR EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA,

NATURAL DE LOS INFANTES DE ENGOL EN CHILE, COLEGIAL DEL REAL COLEGIO MAYOR DE SANT FELIPE Y SANT MÁRCOS,  
FUNDADO EN LA CIUDAD DE LIMA.

DIRIGIDO

Á DON HURTADO DE MENDOZA,

PRIMOGÉNITO DE DON GARCÍA HURTADO DE MENDOZA, MARQUÉS DE CAÑETE, SEÑOR DE LAS VILLAS DE ARGETE Y SU PARTIDO,  
VISOREY DE LOS REINOS DEL PIRÚ, TIERRA FIRME Y CHILE;  
Y DE LA MARQUESA DOÑA TERESA DE CASTRO Y DE LA CUEVA; HIJO, NIETO Y BIZNIETO DE VIREYES.

A DON HURTADO DE MENDOZA, PRIMOGÉNITO DEL MARQUÉS DE CAÑETE DON GARCÍA HURTADO DE MENDOZA,

EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA.

No me pareció podía, ni era justo, acudir á otras manos que á las de vuestra señoría con la primera labor que sale de estas, porque siendo todo el blanco de ella no menos que alguna parte de las altas proezas del marqués de Cañete, padre dignísimo de vuestra señoría, estaba muy en razón que quien tan legítimamente le hereda en todas ellas, que es lo mas, le haya de suceder en esto, que es lo menos. Ha dias que lo tengo trabajado y aun impreso, dilatando el sacarlo á público hasta que el Marqués se fuese, como ya, por daño nuestro, se va destos reinos; porque el publicar sus loores en presencia suya no engendrarse (á lo menos en dañados pechos y de poca consideración) algun género de sospecha, cosa de que tan ajena está la limpieza de la verdad que en todo este discurso trato. Vuestra señoría no se desdeñe de recibir en él mi buen deseo, si no por este, aunque es muy grande, por la grandeza de la materia á que aspira; que haciéndole vuestra señoría acogimiento á la sombra de sus alas, soy cierto que se quebrarán las de todos aquellos que imaginaren atrevérsele, y á mí me nacerán muy crecidas para desplegarlas adelante en el servicio de vuestra señoría. Cuya persona guarde el Señor con todo el aumento de estado que vuestra señoría merece. De los Reyes del Pirú, á 5 de marzo, año 1596.

Besa á vuestra señoría las manos su menor servidor y criado,

EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA.